



De gobernar a los “planes de gobierno”

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Febrero, 2006

Síntesis: Aunque sea posible gobernar sin un plan, es casi obligatorio tratar este tema en fase electoral. Y es que hay que ofrecerle algo al ciudadano para que éste decida votar en uno u otro sentido. De esta manera, todo el colectivo puede saber hacia dónde va (o es llevado) y luego puede manifestar su aceptación o rechazo. Pero, ¿cómo se construye un plan de gobierno? Un plan debe ser una guía de lo que se quiere o se va a hacer en el futuro. Lo importante es tener un grupo de objetivos bien definidos, cuatro o cinco serán suficientes

Es perfectamente posible gobernar sin plan, con globalización, sostenibilidad, gestión estratégica o no. Sin embargo, en fase electoral, tratar el tema se vuelve poco menos que obligatorio.

Gobernar ha sido tradicionalmente dirigir y guiar un colectivo humano, pero también mandar, manejar y regir. Y en los caudillismos, las dictaduras y las autocracias, como formas de gobierno, ni la previsión ni la consulta han entrado necesariamente en la ecuación.

Son la modernidad y la democracia, las que introducen una imagen racional: esa dirección - del país, del Estado, de la colectividad- debe sujetarse a una pauta, para que el pueblo pueda saber hacia dónde va (o es llevado) y luego pueda manifestar su aceptación o rechazo por lo que ha ganado o ha perdido.

El principio detrás de todo es la antigua razón del doy para que des. Hay que ofrecerle algo al ciudadano para que éste decida votar en uno u otro sentido. Los partidos y sus plataformas ideológicas se organizan como modelos de la realidad que se podría alcanzar y que los candidatos encarnan. Pero la oferta electoral y los listados de promesas son todo, menos racionales.

Entonces, ¿cómo se construye un plan de gobierno?

Con frecuencia surgen de la imaginación y del supuesto de lo que se cree son las necesidades o expectativas populares. La evolución en los partidos políticos y en otros grupos, de la “lista de lavandería” al programa, el plan o la agenda de gobierno, ha sido, con frecuencia, simple cuestión de maquillaje, frases de efecto y eslóganes adecuados. La maquinaria publicitaria rápidamente superó los corsés ideológicos o doctrinarios y los reemplazó por el ‘marketing’ a partir de las tendencias sugeridas por encuestas y sondeos.

La diferencia aparece si se quiere hacer política con seriedad. Todos afirman quererlo pero son muy pocos los que dan los pasos necesarios para lograrlo.

Un plan debe ser una guía de lo que se quiere o se va a hacer en el futuro.

El futuro es ese espacio en el que vamos a vivir. El supuesto es que los electores van a entender mejor y apreciar lo que el político propone, si tiene un plan claro. Las ideas no son tan complicadas. Tener un grupo de objetivos bien definidos: cuatro o cinco. Si se trata



del país, de una región o de un municipio, es similar. Identificar los problemas principales, esto supone conocer y haber estudiado la realidad. No es necesario ir al detalle, pero sí explicar la manera en que un problema incide sobre otro y viceversa. Proponer cómo se piensa resolver cada problema desde el gobierno. Todo cuesta. Calcular qué inversión es necesaria. Todo toma tiempo. Calcular realistamente cuánto va a demorar. Todo tiene obstáculos. Señalar qué dificultades habrá que enfrentar. Todo puede traer beneficios. Indicar quiénes se verán favorecidos y cómo: con trabajo, acceso a servicios (más y mejor educación, salud, alimentación), facilidades de comunicación o mayores ingresos.

En esta tarea, ciertos técnicos son útiles. También la prospectiva -aunque su nombre suene demasiado académico- aparece como la manera de intentar saber cómo van a ir ciertas cosas en el futuro, para asomarse a él y anticipar cómo se debería actuar. Medir los enfoques y la sensibilidad de diferentes grupos de la población, comparar sus esperanzas y sus proyectos de vida, y cotejarlos con lo que traen del pasado puede ayudar a cualquier grupo político a rescatar todo lo que haya de positivo y sobre esa base construir una propuesta: un plan de gobierno, una oferta electoral más realista, más cercana a lo cotidiano, a lo popular.

Y en ese ejercicio de ensayar cómo gobernar, además de los temas habituales, aparecerán tantas contradicciones: hay que llevar servicios al medio rural o concentrar a la población en ciudades intermedias; el trabajo infantil es un mal a erradicar o una escuela de vida; la migración juvenil al extranjero es algo a frenar o a estimular; la caída de la tasa de nacimientos es un índice positivo de modernidad o una tendencia que sería más conveniente revertir; orgullo de la coca y condena de la cocaína; nacionalismo autonómico o integración supranacional; defensa de lo propio o aceptación de la internacionalización de la cultura.

Y algunos de los tantos temas olvidados o dejados fuera de la estrecha agenda de nuestras elecciones: la ascensión asiática en la economía, en especial China e India; las renovadas tensiones entre el Islam y el Occidente; la tragedia africana y la amenaza de nuevas pandemias; más cerca, el conflicto de medio siglo en Colombia; el futuro internacional de la agricultura; ¿y el del agua?; ¿y el del petróleo?; la inseguridad social y del ciudadano; ¿se está luchando contra la pobreza o contra los pobres?

Una banalidad: el futuro empieza y se construye a partir de hoy.

Las desigualdades persisten, crecen y explotan. El medio ambiente y los recursos naturales están en real peligro. Hacemos parte de la pobreza mundial aunque tengamos bolsones de bienestar.

Para bien o para mal, no estamos solos. Los extranjeros son cada vez menos ajenos y nos vamos acostumbrando a ellos: ser andino o ser latinoamericano ya no extraña a nadie. Nos vamos haciendo globales sin tomar conciencia. Pero en nuestro gobierno a menudo lo ignoramos. Gatopardescamente queremos “que todo cambie para que nada cambie”. Y las mayores víctimas de este mal son los grupos que lideran nuestras principales organizaciones políticas. Sus precarios, y a veces extensos, planes de gobierno así lo demuestran.

Finalmente, la diferencia entre el candidato y el gobernante debiera ser que el segundo no tiene otra alternativa que cumplir lo ofrecido o, en todo caso, confiar en la mala memoria de sus electores, o comenzar a buscar justificación en el cambio de condiciones para no cumplir lo que prometió.